

Mijaíl Gorbachov



Memorias de los años decisivos
(1985-1992)

El «nuevo pensamiento» de Mijaíl Gorbachov y su equipo pusieron en marcha un proceso, allá por el año 1985, que libró al mundo de la amenaza de un terrible conflicto nuclear... hasta ahora.

Si se hubieran continuado sus propuestas el mundo habría estado libre de armamento nuclear en el año 2000 y con el armamento convencional cada vez más reducido en todos los países.

Hoy, ante el aumento de la irracionalidad, el belicismo y la falta del interés real de buscar soluciones no violentas a los conflictos, sus escritos son una referencia necesaria para dar un giro a la dirección de los acontecimientos, al igual que él hizo en su momento.

En esta obra Mijaíl Gorbachov abre sus archivos personales haciendo públicos documentos hasta entonces secretos. El lector penetra a través de ellos en los rincones más intrincados de una historia de la cual se convierte en testigo privilegiado: asiste a las negociaciones entre el señor del Kremlin y los dirigentes de las grandes potencias François Mitterrand, Margaret Thatcher, Helmut Kohl y George Bush. Se sumerge en la vorágine de los debates a puerta cerrada en la cima del Estado soviético y descubre, en fin, textos que revelan el camino intelectual, político y moral recorrido por un hombre que, sucesor de jefes como Brézhnev o Andrópov, encabezó la reforma, la «perestroika», de un sistema totalitario a democrático y la transición de un mundo al borde del conflicto nuclear hacia un mundo donde la guerra fuera desterrada para siempre.

Índice de contenido

Cubierta

Memorias de los años decisivos 1985-1992

A mis lectores españoles

Introducción

Inspirar confianza

Ustedes y nosotros

Dónde estamos y adónde vamos

Hacia el desarme

El espíritu de comprensión

Un giro histórico

El camino está elegido y no hay marcha atrás

La vía de la unificación alemana

En los secretos del kremlin

instrucciones a los diplomáticos

Reformar la economía

I. Sesión del Poliburó de 24 de marzo de 1987

II. Sesión del politburó del 23 de abril de 1987

III. Sesión del politburó del 30 de abril de 1987

IV. Sesión del Politburó del 14 de mayo de 1987

V. Sesión del Politburó de los días 21-22 de mayo de 1987

VI. Sesión del Politburó del 11 de junio de 1987
Controversia en la cumbre El asunto Andréyeva

En el poder

Las premisas del cambio

Hacia el fin de la guerra fría

Por un mundo desnuclearizado

Los intelectuales y la política

De la confrontación a la cooperación

Sobre Stalin

Ciencia y progreso

La perestroika, amenazada

La crisis de las nacionalidades

Acelerar la perestroika

Después de la reunificación.

Premio Nobel

Las lecciones del golpe

El hombre libre

Dimisión

Del totalitarismo la democracia

Europa: hacia el siglo XXI

Cuando el río del tiempo y la grandeza de la acción

Discurso en el Congreso

Israel y Rusia: el reencuentro

Hacia un Humanismo global

El nacionalismo de hoy: peligros y soluciones

La gran Europa

Conclusión

Sobre el autor

Notas

A MIS LECTORES ESPAÑOLES

Muchas cosas me vinculan a España como hombre y como político.

En numerosas ocasiones he hablado, y no solo durante mi estancia en tierras españolas, acerca de mis sinceros sentimientos hacia España y su historia, hacia ustedes, queridos españolas y españoles. Deseo confirmar ahora, una vez más, el carácter invariable de esos sentimientos.

En la vida de hoy, tan complicada, sigo conservando el calor de los encuentros que mantuve en otoño de 1992 en Sevilla y en Lanzarote (Canarias). Cuando los españoles trataban de decirme algo, o de darme simplemente un apretón de manos, yo comprendía que había en ellos algo más que una mera curiosidad o el deseo de trabar conocimiento y de comunicarse. Siempre sentí de su parte un enorme apoyo a todo lo que representan los últimos años de mi actividad política y social.

Espero que este libro permita a los lectores españoles comprender mejor las causas y los motivos por los que me guié cuando, por caprichos del azar, tuve la obligación de trazar el rumbo de las reformas democráticas en la Unión Soviética. Quizá posea un interés especial para cualquiera que medite sobre su país y sobre un mundo en el que, en los umbrales del siglo XXI, se están operando cambios sin precedentes.

España ha recorrido un espinoso camino desde el régimen totalitario a la democracia parlamentaria desarrolla-

da. Pero, a fin de cuentas, los españoles pudieron conseguir un éxito de escala histórica porque estaban de acuerdo en lo sustancial, en lo que necesitaba todo el país.

España se enfrenta ahora –lo sé con seguridad– a nuevos y complicados problemas. Creo que los españoles podrán responder a los nuevos retos si se apoyan otra vez en lo más importante: la concordia social que les aseguró el éxito en el pasado.

Dentro del marco de una Gran Europa, del Atlántico hasta los Urales, reservo un lugar importante a España y a Rusia, a los pueblos de nuestros dos países, entre los cuales hay mucho en común: sinceridad y caracteres abiertos en las relaciones mutuas, respeto a los pueblos de otros países, una percepción amplia del mundo circundante.

Si mi libro abre una senda más en la comunicación entre nosotros, esa sera para mí la mayor recompensa.

Con respeto y siempre con mis mejores sentimientos.

M. GORBACHOV
Moscú, marzo de 1993

INTRODUCCIÓN

NO HAY REFORMADORES FELICES

Hace ya más de un año que abandoné mis funciones de presidente de la Unión Soviética. Los meses transcurridos desde entonces han sido sumamente agitados. El mundo en que vivimos ha seguido cambiando aceleradamente, unas veces para mejor y otras, desgraciadamente, para peor. Muchos procesos que ahora encaramos hunden sus raíces en acontecimientos en los que he participado activamente. Todo ello me incita constantemente a recapacitar sobre el pasado reciente, a hacer desfilar de nuevo en la conciencia esas situaciones, valoraciones, decisiones y acciones que han dejado una profunda huella en el curso de la historia.

Actualmente estoy escribiendo mis memorias. Para evitar lagunas o tergiversaciones debo recurrir constantemente a los documentos, en particular a mis discursos, a artículos que escribí en determinadas circunstancias concretas, a estenogramas de discusiones a puerta cerrada sobre problemas de Estado y otras cuestiones, de charlas con políticos y personajes extranjeros de la ciencia y de la cultura. En estas circunstancias, desde la distancia temporal en que me hallo, me parece como si estuviera descubriéndome a mí mismo al recordar mi formación y evolución como hombre y como político. La lectura de docu-

mentos y materiales de aquellos años me permite analizar mejor la importancia de lo que he hecho al frente de una de las dos superpotencias de la segunda mitad del siglo XX, valorar tanto lo positivo como los errores en mi labor.

La consulta de los documentos me sugirió la idea de que también podrían presentar interés para el lector. Evidentemente, no me refiero al que ve en la historia una sucesión de maquinaciones secretas y espectaculares. En el mundo no son pocos los que encuentran en la lectura un estímulo importante para sus propias reflexiones, los que quieren comprender el sentido de lo que ocurre, valiéndose no solo de los comentaristas, que con frecuencia desfiguran los acontecimientos en favor de coyunturas políticas, sino manejando documentos de primera mano.

Así nació la idea de este libro. Está dividido en cuatro partes. En la primera, ofrezco al lector deseoso de conocer la verdad –y por vez primera extraídos de mis archivos personales– los estenogramas de cada uno de mis encuentros más importantes y más significativos con jefes de Estado extranjeros. En la segunda parte reproduzco los textos de algunas de mis intervenciones esenciales pronunciadas a puerta cerrada, así como la transcripción de una reunión clave del buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética. La tercera y la cuarta partes permiten al lector seguir la evolución de mi pensamiento y de su puesta en acción, reagrupando mis textos más importantes. Algunos de ellos llegaron en su día al lector, otros no son conocidos más que en forma de resumen o han sido simplemente citados en los periódicos.

La necesidad de ofrecer un amplio abanico de opiniones recogidas de un período de tiempo relativamente amplio, hizo inevitable abreviar los textos aquí incluidos. El resumen afectó únicamente a los fragmentos que se referían a circunstancias y pormenores muy concretos. Me he propuesto no tergiversar de ningún modo el sentido de los documentos ni, más aún, embellecer la realidad. El

material esta distribuido en orden rigurosamente cronológico, lo que permite seguir la evolución de las opiniones y la dinámica del proceso histórico.

Los editores me sugirieron incluir un prefacio para que los lectores comprendieran mejor el sentido de los acontecimientos que reflejan los textos recogidos en el libro. Helo aquí.

Cuando en abril de 1985 acepté encabezar el Comité Central del PCUS en calidad de Secretario General, sabía que me esperaba una gran labor de transformación. Nuestro país se había desgastado en una carrera armamentista extenuante. Los mecanismos económicos funcionaban cada vez peor. El rendimiento de la producción bajaba. Los frutos del pensamiento científico y técnico quedaban anulados por una economía totalmente burocratizada. El nivel de vida de la población caía a ojos vistas. La corrupción atacaba descaradamente a todos los escalones del sistema administrativo. La descomposición afectaba también a la vida espiritual: bajo la capa exterior de una unidad ideológica monolítica de la sociedad, cada vez asomaban más la mentira oficial, la hipocresía y el cinismo.

Al mismo tiempo, yo seguía sin tener clara la verdadera magnitud de los problemas que hacía tiempo esperaban una solución que no se me alcanzaba con nitidez. Los medios para salir de la situación creaba se buscaron inicialmente en el espíritu tradicional de la política del PCUS: mejorar el trabajo a todos los niveles, perfeccionar el sistema, obligarlo a funcionar sin cambiar sus principios.

La situación se complicaba porque, pese al descontento acumulado en la sociedad, especialmente en los ámbitos de la *intelligentsia*, no había en el país un movimiento de protesta de masas en el que apoyarse para emprender una política de transformaciones. Las razones eran varias. Una de las más importantes, la habitual sumisión de una

parte considerable del pueblo, su pasividad y su tendencia al conformismo. Estos rasgos, enraizados en las antiguas tradiciones rusas, se habían deformado monstruosamente al enquistarse durante los decenios de implacable administración estaliniana, sin que cambiaran en lo esencial en el período posestaliniano.

Un serio obstáculo en el camino de las transformaciones fue el inmenso estrato intermedio de la administración, los funcionarios políticos y estatales para los que el régimen creado bajo Stalin era algo «propio», el medio natural, una fuente de privilegios y de poder prácticamente incontrolable sobre los individuos.

Indudablemente, en tales circunstancias el impulso de los cambios tenía que partir desde arriba. Y como era yo quien se encontraba «en lo más alto», muchas cosas dependían de mi decisión. Por supuesto, yo no actuaba solo. Cuando fui elegido para el cargo de Secretario General, había surgido en la dirección del PCUS un grupo de partidarios de las reformas. Y los primeros pasos para su aplicación los dimos juntos.

La elección interior en favor de los cambios no fue fácil para ninguno de nosotros. Todos éramos hijos de nuestra época. Todos estábamos poseídos por los dogmas ideológicos asimilados desde la infancia. Y la superación de esos dogmas fue un proceso complejo, diferente en cada caso y no siempre sincronizado. Unos recorrieron la senda rápidamente y hasta el final. Otros se detuvieron a medio camino. Hubo quienes avanzaron unos pasos, se asustaron de las posibles consecuencias y comenzaron a retroceder. Todo esto repercutió en los ritmos, métodos y formas del movimiento hacia la perestroika.

Más complejas aún eran las circunstancias exteriores que ponían unos límites férreos a la libertad de acción. Los primeros pasos por el camino de las transformaciones ya demostraron que deberíamos superar numerosos obstáculos.

En primer lugar citaré el estado espiritual de la sociedad, al que ya me he referido antes. Hegel observó ciertamente que incluso «el déspota no puede ser libre cuando todos los demás son esclavos». Resultó que las profundas transformaciones de las estructuras políticas y económicas no eran suficientes. Se requería una revolución en los espíritus, una transformación profunda del modo de pensar.

No hay que olvidar que los cambios se producían en un contexto de confrontación permanente de personas, de opiniones, de posiciones, tanto dentro de la dirección del partido, como entre las masas del mismo y en el conjunto de la sociedad.

Las reformas resultaban de una extraordinaria complejidad también por otra razón. Los que las iniciaban no tenían ninguna experiencia en semejantes transformaciones. Por supuesto, existía más de una experiencia de paso del totalitarismo a la democracia en el marco de un mismo tipo de sociedad. Pero el paso del totalitarismo a la democracia combinado con el cambio del sistema económico, político y jurídico no lo había emprendido nadie. Naturalmente. Se pretendía un paso pacífico, no una ruptura revolucionaria que originase una escisión del país en bandos enemigos y una guerra civil. Conocíamos nuestro país, nuestra tradición y la amarga experiencia del pasado, y sabíamos que era preciso evitar algo así. Esto se convirtió para mí en la orientación, política y moral, fundamental. Por consiguiente, hubo que aplicar al principio el método del ensayo y el error.

Ahora, de cuando en cuando, escucho reproches como este: ¿por que os apresurasteis a hacer las reformas políticas, por qué no seguisteis el ejemplo de China, que aplicó y sigue aplicando las reformas económicas bajo el marco estable de un régimen político duro? Quisiera recordar a mis oponentes que, en un principio, nos imaginá-

bamos la perestroika únicamente como reforma económica.

Pero, después de no pocos batacazos, nos convencimos pronto de que sin cambios en el sistema político y, más aun, sin un cambio de régimen en nuestro país era sencillamente imposible realizar transformaciones económicas eficientes. Hay que tener claro con qué superestructura política tuvimos que enfrentarnos.

Todas las funciones económicas y administrativas básicas estaban concentradas en manos de la dirección política. El papel del aparato ejecutivo se hallaba sumamente hipertrofiado. Desplegado en casi un centenar de ministerios federados y en unos ochocientos ministerios y departamentos de las repúblicas, prácticamente dictaba su voluntad en lo económico y en lo político. Los departamentos y otras estructuras administrativas tenían en sus manos el destino de las decisiones políticas y, con su actividad o inactividad, determinaban lo que tenía que ser y lo que no tenía que ser. Los soviets y en muchos aspectos, los órganos del partido eran incapaces de controlar la presión de la administración. Se admitía como norma general que el órgano que tomaba y ejecutaba una decisión no era económicamente responsable de las consecuencias de sus actos.

Un serio defeco del sistema político fue la estatalización de la vida social. La regulación estatal se había extendida prácticamente a todas las actividades de la sociedad. La tendencia a la minuciosa planificación y al control centralizado de todos los aspectos de la vida encorsetó literalmente al país, frenó la iniciativa de las personas, de las organizaciones, de las colectividades. Eso dio origen, entre otras cosas, a una economía «paralela» que se aprovechaba de la incapacidad de los órganos estatales para satisfacer las necesidades de la población.

La burocratización de las estructuras estatales acostumbró a la sociedad a una forma única y estática de existen-

cia. Se creó una imagen simplificada y, en realidad, falsa de poder popular en que el poder real no se identificaba con la actividad política de los ciudadanos, sino con los órganos ejecutivos que supuestamente se hallaban al servicio de los intereses del pueblo.

Durante decenios el poder político se adaptó, no a organizar la vida social en los marcos legales, sino a ejecutar disposiciones y directivas. Proclamación de palabra de los principios democráticos y autoritarismo de hecho, exorcismos verbales sobre democracia y voluntarismo y subjetivismo en la práctica, cotorreo sobre democracia –«socialista la mejor del mundo»– y pisoteo de los derechos elementales de los ciudadanos, ausencia de transparencia informativa y de una prensa libre; todo ello se había integrado profundamente y desde hacía tiempo en el modo de vida de la sociedad.

La contrapartida eran la indiferencia, el debilitamiento de la actividad social de las masas, la alienación del hombre trabajador respecto de la propiedad, la administración, la política y la cultura.

El monstruo que aplastaba a la sociedad había condenado al fracaso todos los intentos anteriores de reformar el sistema. Y habría hecho lo mismo con el nuestro. De ahí la necesidad de una reforma política profunda, de la que rápidamente quedamos convencidos.

Con frecuencia me preguntan: «¿Está usted satisfecho de la marcha de los acontecimientos en los últimos años? ¿Si usted tuviese que comenzar de nuevo la perestroika, haría lo mismo?».

Puedo decir con absoluta convicción que mi firme elección, mi opción en favor de una reforma profunda de la sociedad y de la transformación democrática del país sería, en cualquier caso, exactamente la misma. Y también la orientación estratégica global.

En cuanto al desarrollo concreto de los procesos en el contexto de esa elección, a la táctica de su aplicación, sin

duda hubiera afinado más y habría hecho algunas cosas de otro modo o en un orden distinto.

Repasando mentalmente el camino recorrido, me gustaría formular algunas conclusiones apoyándome en las lecciones del pasado. Por supuesto, es algo que necesitamos antes que nada en nuestro país, pues las transformaciones iniciadas están lejos de terminar, y aún nos queda por delante mucho, muchísimo por hacer. Pero estas conclusiones pueden tener interés también para otros, para la comunidad internacional en su conjunto.

La esencia de los cambios efectuados, tal como los entiendo hoy, es liberar a la sociedad de la sumisión, garantizar las condiciones que permitan a la gente tomar libremente sus decisiones en función de sus propios intereses y sobre la base del sentido común sin la presión de la ideología oficial. Y eso referido a todos los ámbitos de la realidad, es decir, a la economía, la política, la satisfacción de las necesidades culturales, etc.

¿Cómo me gustaría ver nuestra sociedad en esa forma ideal?

–Quisiera ver una sociedad de hombres libres, una sociedad del hombre del trabajo y para el hombre del trabajo, construida sobre los principios del humanismo, de la democracia y de la justicia social.

–Quisiera ver una sociedad basada en la diversidad de formas de propiedad, que garantice a la persona una posición de dominio de sus infinitas posibilidades para desplegar su iniciativa y su capacidad, una sociedad en la que el progreso económico se base